

Élites y extranjeros

Hugo E. Herrera



Chile ha tenido capacidad de mezclarse, en un mestizaje de siglos. También la disposición guiada a recibir personas talentosas. En el extenso período de la Colonia, la corona se encargó de proveer al Ejército, la Iglesia y la administración con dotaciones capaces de cumplir las tareas de afianzar las fronteras, garantizar el orden y difundir la cultura y la religión. Esas dotaciones permitieron, modestamente y pese a retrocesos —como la expulsión de los jesuitas—, ilustrar una clase dirigente que luego supo iniciar la revolución, instaurar la república y darle su conformación inicial.

Con elementos británicos se organiza la primera Escuadra Nacional. Desde los comienzos, los gobiernos pusieron ahínco en convocar a mentes florecidas que ayudasen en las tareas más delicadas y complejas. Llegaron a Chile durante el siglo XIX, entre muchos otros, Andrés Bello, a colaborar en el campo jurídico; en el de las ciencias, Claudio Gay, Ignacio Domeyko, Bruno y Rodolfo Philippi; Cicarelli, Kirchbach y Mochi, en las artes.

En 1854 se crea la Escuela Nacional de Preceptoras, a cargo de religiosas francesas del Sagrado Corazón de Jesús. Luego, serán dos alemanas y una chilena quienes dirijan, tras su creación en la década de los 90, los primeros liceos de niñas. Diversas órdenes asentadas en el país en el siglo XIX fundarán colegios de amplia repercusión.

Durante el gobierno de José Manuel Balmaceda se funda el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y se contrata, al efecto, a un conjunto de académicos germanos: Taupp, Lenz, Johow, Schneider, Steffen. De ese instituto egresaron cabezas descollantes que serían determinantes en la historia posterior del país. Su primera generación la componen, entre otros, Enrique Molina, los hermanos José y Fidel Pinochet Le-Brun, Alejandro Venegas.

Cuando Chile necesitó capacidades culturales, administrativas, productivas y militares, siendo colonia y durante su primera etapa independiente acudió reiteradamente a quienes ya

sabían. No se los recibió simplemente como un país en pampa que recibe al conecedor. Había contrapartes capaces de discernir las cualidades de los convocados y grupos de jóvenes dotados de las aptitudes para aprender. La mayor contribución se produjo gracias a una colaboración activa entre el chileno y el extranjero.

“Cuando Chile necesitó capacidades culturales, administrativas, productivas y militares acudió a quienes ya sabían”.

Cuando la productividad de nuestra economía se estanca, cuando necesitamos desplegar drásticamente nuestras capacidades en investigación y desarrollo, cuando es menester hacer que el sistema educativo alcance estándares nítidamente superiores (lo

que requiere, según Educación 2020, sólo en el nivel parvulario, 18 mil docentes adicionales), ¿no convendrá reparar en modos de incorporar masivamente dotaciones extranjeras calificadas en esas tareas decisivas? La colaboración de las capacidades instaladas en el país con esos contingentes podría ser acicate oportuno del progreso espiritual y material de la nación.

Autosegregación y fragmentación

María Luisa Méndez

Investigadora principal COES
Directora Escuela de Sociología UDP



Chile, pero sobre todo Santiago, ha visto un proceso paulatino de engrosamiento de los sectores medios, tanto aquellos vinculados al sector servicios, como el *retail*, así como los de mayor calificación profesional. Todos ellos están inscritos en trayectorias de movilidad socio-espacial ascendente: unos, desde el sur hacia el centro de la capital; otros, desde el poniente al oriente. Pero, ciertamente, una porción importante de los más privilegiados hacia el llamado “cono de alta renta”.

Estudios recientes muestran que más de la mitad de los residentes actuales de este sector crecieron en comunas de menores ingresos relativos, tanto dentro como fuera de Santiago: ¿Es tan atractivo vivir en el barrio alto de Santiago hoy? ¿Pueden las clases medias-altas profesionales autosegregarse sin más, por decisión propia, y dar la espalda al resto de la ciudad y

de la sociedad?

Ante décadas de políticas urbanas desacopladas de una reflexión más profunda sobre cohesión social, son hoy el mercado inmobiliario, en primer lugar, y el mercado educativo del sector privado, en segundo, los que están dando forma a nuestra sociabilidad. Estos patrones son difíciles de eludir, ya que organizan lo que aparentemente es una decisión individual o familiar: efectivamente, los sectores más privilegiados pueden elegir barrio y colegio, pero dentro de un conjunto de alternativas altamente predecibles. El que se mueve, no sale en la foto. El que hace algo distinto, se arriesga a perder el lugar.

Sin embargo, vemos que esta clase media-alta profesional santiaguina actual no es la unidad rutilante que se observa desde más allá del barrio alto. Por el contrario, tiene importantes fracturas internas. Sus habitantes son una mezcla

“La clase media-alta profesional santiaguina actual no es la unidad rutilante que se observa desde más allá del barrio alto”.

de “herederos”, “meritócratas” y “recién llegados”. Los primeros se asientan en la cima de esta pirámide social privilegiada, basando su poder en la propiedad. Los segundos hacen ostentación de sus logros materiales, sacando las banderas de un discurso meritocrático en el que se sienten cómodos como ganadores. Los recién llegados recuerdan todavía su pasado familiar, en donde padres y madres con ocupaciones intermedias se esforzaban por ofrecer a sus hijos oportunidades que ellos no tuvieron.

Constituido por esta fragmentación, el barrio alto necesita ser pensado nuevamente como lugar de convivencia de historias diversas e identidades sociales fragmentadas y muchas veces en tensión. La pregunta es entonces, ¿quiénes serán los primeros en salirse de la foto para tender puentes hacia el exterior o simplemente liberarse?

Roberto Peralta
Fundación Sociedad Anónima



Transparencia en la sociedad civil

Las graves situaciones que ha tenido que encarar la Iglesia Católica chilena recientemente nos enseñan que es indispensable hacer bien el bien. Fundaciones, corporaciones, organizaciones comunitarias y las ONG en general hacen mucho bien. Ayudan a los más necesitados, discapacitados, enfermos, niños y adultos mayores; protegen el medio ambiente; promueven la educación, el deporte, la ciencia y la cultura; mejoran el acceso a la salud y la justicia; promueven el voluntariado, la cooperación y el capital social, entre muchas iniciativas.

Pero todo este bien, ¿lo estamos haciendo bien?

En el mejor de los casos, podemos decir que no lo sabemos. Ya han empezado a salir a la luz algunas irregularidades en instituciones importantes como la ANFP y la Cruz Roja. Peor aún, estudios especializados en filantropía revelan una inexplicable desconfianza de aportantes respecto de las organizaciones de la sociedad civil que ellos mismos apoyan. Esta percepción también existe en el sector público respecto de las instituciones que éste financia. No es de extrañarnos, entonces, que las organizaciones de la sociedad civil estén hoy enfrentando una merma de recursos. ¿Qué podemos hacer para salir de este círculo vicioso?

Hace cinco años, algunas ONG chilenas ya han empezado a implementar estándares de transparencia y buenas prácticas, basadas en la experiencia de países desarrollados. El resultado de esta experiencia no sólo ha traído una mejora sustancial en transparentar aspectos claves de la organización (financiamiento, actividades y gasto) que antes no se veían claramente en las tradicionales memorias y balances. También ha aportado mejoras significativas en su gestión, gobernanza, planificación y coherencia organizacional.

Si bien la implementación de estos estándares aún se ha limitado a unas pocas organizaciones pioneras, las autoridades y los tribunales han empezado a aplicar medidas, incluyendo la disolución forzada de organizaciones, que dan señales claras sobre lo imperioso de implementar transparencia y buenas prácticas sin más demora.

Como a nadie le gusta verse mal, la transparencia nos ofrece un camino eficaz para que podamos hacer bien el bien.